

DEBATES METODOLÓGICOS EN LA HISTORIA ECONÓMICA.

Methodological debates in Economic History.

Anthony Rolando Medina Rivas Plata. amedinar@unmsm.edu.pe. Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

DOI: <https://doi.org/10.71727/rae.v4i2.348>

RESUMEN

Este trabajo examina las principales divergencias metodológicas en la historia económica del siglo XX, centrandó la atención en el contraste entre la tradición anglosajona, de corte analítico y formalista, y la europea continental, más cercana a enfoques humanistas e interpretativos. A través de un análisis comparativo basado en fuentes primarias y secundarias, se reconstruyen los vínculos epistemológicos entre estilos historiográficos y tradiciones filosóficas como la filosofía analítica y la filosofía continental. Se argumenta que dichas diferencias no solo responden a criterios técnicos, sino a climas culturales, estructuras institucionales y proyectos de conocimiento distintos. Lejos de ser una oposición absoluta, el trabajo identifica procesos recientes de convergencia metodológica, impulsados por la interdisciplinariedad y los desafíos de la complejidad. Finalmente, se propone una lectura pluralista y crítica que reconozca las tensiones sin cancelar las posibilidades de diálogo entre enfoques. La historia económica aparece, así como una disciplina en transformación, atravesada por disputas conceptuales y aperturas renovadas.

Palabras Clave: Historia económica, Epistemología, Metodología Histórica, Metodología Económica, Filosofía de la Ciencia.

ABSTRACT

This article explores the main methodological divergences in 20th-century economic history, focusing on the contrast between the Anglo-American tradition, analytical and formalist, and the continental European one, rooted in humanistic and interpretive approaches. Through comparative analysis based on primary and secondary sources, the study reconstructs the epistemological connections between historiographic styles and philosophical traditions such as analytic and continental philosophy. The article argues that these differences are not merely technical, but reflect broader cultural climates, institutional structures, and intellectual agendas. Rather than portraying an absolute opposition, the research identifies recent trends of methodological convergence, driven by interdisciplinarity and the challenges of complexity. Ultimately, it advocates for a pluralistic and critical reading that acknowledges epistemic tensions without precluding dialogue between paradigms. Economic history thus emerges as a dynamic field, shaped by conceptual disputes and renewed possibilities for theoretical integration.

Keywords: Economic history, Epistemology, Historical methodology, Economic methodology, Philosophy of science.

1. INTRODUCCIÓN

El propósito de este trabajo es examinar las divergencias entre las diversas corrientes de la historia económica. Para ello, se ubicará el surgimiento y transformación de esta disciplina dentro del marco general de la evolución del pensamiento y la cultura occidental del siglo XX, período en el cual se ha desarrollado una intensa reflexión sobre esta temática. En este sentido, Cardoso y Pérez Brignoli advierten que el carácter científico de la historia no puede descansar exclusivamente en su capacidad de registrar hechos o recolectar datos, sino que debe sustentarse en una problematización crítica de sus fuentes y en una construcción teórica explícita que permita la formulación de hipótesis verificables. Para estos autores, el recurso a un marco teórico es una condición esencial para todo trabajo científico, y ello es válido también para la historia (Cardoso y Pérez Brignoli, 1984).

Desde comienzos de la década de 1940, la historia económica se ha visto atravesada por un debate metodológico caracterizado por notables tensiones entre, por un lado, aquellos que propugnaban programas de investigación estrictamente científicos, con delimitaciones analíticas claras y explícitas, una orientación hacia la resolución de problemas concretos y la adopción de herramientas y metodologías propias de la economía; y por otro lado, quienes privilegiaban un enfoque interpretativo y una visión humanista de la historia económica, en la que esta se concibe como un relato integral en el que lo económico se analiza como un componente dentro de un entramado más amplio (Pérez Picazo, 1989).

La primera orientación ha sido predominantemente representada por la tradición estadounidense, mientras que la segunda ha sido más característica de las escuelas europeas. En particular, se llevará a cabo una revisión de los vínculos entre la historia económica y la epistemología contemporánea. Desde este punto de vista, puede resultar fructífera una analogía con la división clásica entre filosofía analítica y filosofía continental: la primera tuvo una influencia hegemónica en el ámbito anglosajón, mientras que la segunda fue más influyente en el continente europeo. Esta dicotomía remite y a la vez incluye la tensión entre una cultura de corte científico y otra de corte humanista, entre la lógica y la retórica, entre el análisis conceptual y la interpretación simbólica, entre la precisión terminológica y las concepciones globales del mundo. El presente artículo se propone, en ese sentido, explorar si la contraposición que marcó el escenario de posguerra entre la historia económica europea y la angloamericana puede entenderse también como una manifestación particular

del contraste más amplio entre el 'estilo analítico' y el 'estilo continental' (Placencia, 2017).

Cabe subrayar que esta es solo una de las posibles perspectivas para abordar el estudio de la historia económica. Existen, sin duda, otros elementos, posiblemente de mayor peso, que han moldeado su desarrollo a ambos lados del Atlántico; factores de índole más pragmática y con fines menos elevados: la disponibilidad de más financiamiento para investigaciones, la búsqueda de prestigio y reconocimiento académico, y las rivalidades entre tradiciones intelectuales (Arriba Bueno, 2019).

2. MÉTODOS

Este estudio se inscribe dentro de una aproximación cualitativa de corte interpretativo, orientada al análisis crítico y comparativo de las principales corrientes metodológicas que han atravesado el campo de la historia económica a lo largo del siglo XX. El objetivo metodológico central ha sido identificar, reconstruir y contrastar los supuestos epistemológicos y filosóficos subyacentes a las distintas tradiciones historiográficas, particularmente aquellas asociadas al mundo anglosajón (con fuerte impronta analítica y cientificista) y al pensamiento europeo continental (de raigambre humanista e interpretativa).

Para ello, se adoptó un diseño metodológico de tipo exploratorio-analítico sustentado en dos procedimientos principales: la revisión documental sistemática y el análisis comparativo de estructuras epistemológicas. En la primera etapa, se procedió a una lectura crítica de fuentes primarias y secundarias representativas de las distintas escuelas de historia económica, seleccionadas conforme a tres criterios fundamentales: a) su incidencia en debates epistemológicos claves de la disciplina; b) su pertenencia explícita o implícita a una tradición metodológica identificable (como la cliometría, la historia global, la historia social o la historia institucional); y c) su impacto académico, medido por su recepción crítica, circulación curricular o relevancia en debates interdisciplinarios.

Posteriormente, se llevó a cabo un ejercicio de contraste epistemológico, consistente en comparar las distintas concepciones de ciencia, método y objeto histórico presentes en las obras analizadas. Este contraste fue articulado a partir de una analogía estructural entre los estilos filosóficos analítico y continental, inspirada en las categorías de D'Agostini (1997), permitiendo así vincular las divergencias historiográficas con tensiones más amplias en la cultura intelectual occidental. A través de este ejercicio se rastrearón los modos en que

determinadas configuraciones institucionales, tradiciones filosóficas y climas culturales dieron forma a estilos específicos de hacer historia económica en distintos contextos nacionales.

3. RESULTADOS

En los años 80, un trabajo de McCloskey que analizaba el enfoque científico aplicado a la historia económica (la conocida 'cliometría' o, también llamada 'economía histórica') indicaba que la antigua separación entre las versiones modernas (de corte científico) y las tradicionales de la historia económica había concluido. Según su visión, cualquier discusión de tipo filosófica o teórica se había revelado como 'estéril' y 'fuera de lugar', ya que lo verdaderamente relevante eran las prácticas concretas, los avances empíricos y la expansión de la 'nueva disciplina' (McCloskey, 1987, pp. 16-18). No obstante, persiste una cuestión fundamental cuya respuesta podría requerir ciertas consideraciones de tipo más reflexivo o especulativo: ¿Por qué, desde los años cincuenta, la historia económica se ha bifurcado en dos vertientes claramente diferenciadas: una con arraigo casi exclusivo en el ámbito anglosajón, ¿y otra asentada en la tradición europea continental?

Desde la perspectiva de la consolidación de la Historia Económica como campo autónomo y de su especialización temática (es decir, de su separación formal respecto a otras áreas del saber y de su legitimación como disciplina académica), sus principales características se afianzan en el periodo de entreguerras. A su vez, existe un consenso casi generalizado en vincular sus raíces más tempranas al método inductivo y al enfoque temático promovido especialmente por los economistas de la escuela histórica alemana. Fue sobre todo a partir de algunos miembros de su segunda generación (los denominados 'jóvenes' historiadores), y en particular de Gustav Schmoller, que propuso reconstruir la economía sobre fundamentos históricos e institucionales, en abierta ruptura con las abstracciones predominantes de la teoría económica clásica y marginalista. Sin embargo, si bien el método histórico, cuando se aplicó al análisis económico, parece haber fracasado en gran medida, según Gras (1920, p. 210), ese aparente fracaso dio paso al surgimiento de una nueva área de conocimiento: la Historia Económica. En efecto, en sus primeras décadas, tanto en el contexto europeo como en el estadounidense, esta disciplina creció bajo la influencia de la tradición alemana (Scott, 1928; Gras, 1946), y bajo la convicción compartida de que las abstracciones teóricas de la economía convencional resultaban poco útiles para comprender procesos históricos (Ashley, 1893, p. 127).

Transcurrirían varios años antes de que la Historia Económica lograra desvincularse de los excesos del enfoque inductivo que marcó sus inicios y encarara de manera más equilibrada y menos polarizada la cuestión de la articulación entre hechos empíricos y teoría. No cabe duda de que este dilema no fue resuelto de forma definitiva, y ha reaparecido cíclicamente como una de las tensiones metodológicas centrales de la disciplina. Durante el periodo de entreguerras, se pensó que se había alcanzado cierto consenso en torno a la convergencia entre Historia y Economía, aunque dicho acuerdo seguía siendo poco claro en el plano metodológico. El tardío reconocimiento de William Ashley sobre una suerte de entendimiento renovado entre ambas áreas del saber (Ashley, 1927) parece motivado principalmente por la búsqueda de legitimidad académica de la disciplina, la cual tardó en consolidarse. En ese sentido, dicho consenso era más superficial que auténtico, ya que encubría una multiplicidad de posiciones teóricas y un abanico de iniciativas (incluyendo las editoriales) que difícilmente podían reducirse a una visión unificada.

Si observamos la evolución de la disciplina en países como Francia, Alemania o Estados Unidos, podemos ver surgir en el periodo de entreguerras numerosas líneas de investigación diferentes, que parecen haber tenido poco en común, salvo una escasa sensibilidad a la cuestión de la conceptualización. Sin embargo, fueron historiografías económicas extremadamente productivas, que atrajeron la atención por sus descripciones, la gran cantidad de datos y sus reconstrucciones minuciosamente detalladas. Todo este trabajo se basó en el recurso incesante a los archivos de ambos países europeos y, en el caso de Estados Unidos (debido a la disponibilidad obviamente limitada de fuentes históricas) a la abundante documentación estadística producida desde principios del siglo XIX por la Oficina del Censo (Gras 1927). No es casualidad que en Estados Unidos la historia de la economía impactara en estrecha relación con la historia de la empresa, un campo de estudio desarrollado tempranamente, en parte gracias a la enorme cantidad de archivos empresariales disponibles. En cierta medida, la escasa preocupación por la conceptualización se explica por la relativa falta de asimilación de la teoría económica de estilo británico por parte de las culturas francesa, alemana y estadounidense. En Francia, por ejemplo, Lucien Febvre y March Bloch, continuando la tradición de la *Revue de synthèse*, crearon con los *Annales* un programa de 'historia global' que se proponía establecer una especie de hegemonía de la historia sobre las demás ciencias humanas. Sobre esta base, la historia obtuvo una posición privilegiada, especialmente sobre la psicología social y la sociología, e incluso más sobre

la economía (Braudel, 1992, p. 301; Burke, 1993). En Alemania, en cambio, con Max Weber y Werner Sombart, se intentó reaccionar contra el historicismo excesivo de la escuela histórica. En particular, la postura de Sombart (la búsqueda de modelos dinámicos para la historia (Sombart 1929) no permanecería aislada y, aunque se mantuvo como una parte menor de la historia económica, produciría algunas de las contribuciones más significativas y duraderas a la disciplina a partir de la década de 1930, cuando en Estados Unidos un economista sui generis como Simon Kuznets, con sus análisis dinámicos de los movimientos seculares de la producción y los precios, tomó esta decisión de forma independiente (Kuznets 1930).

Así, incluso cuando se analiza retrospectivamente desde la óptica cliométrica del llamado 'modernismo' (según el modelo de McCloskey), es posible identificar aquí algunas pautas que marcarían el rumbo futuro de esta joven disciplina: un sistema normativo de criterios y procedimientos metodológicos, una mejora en las técnicas empleadas en la investigación y, sobre todo, una delimitación precisa del campo de estudio. Se trataba de una agenda ambiciosa que requería un uso intensivo de la teoría económica para formular problemas y abordarlos con herramientas cuantitativas avanzadas. Esta estrategia permitiría alcanzar estándares profesionales capaces de distinguir a sus practicantes y colocarlos por encima de aficionados e improvisados (Sutch, 1991, p. 272).

En el contexto europeo, por el contrario, la historia económica enfrentó mayores obstáculos para afirmarse como una disciplina autónoma, claramente diferenciada de otros campos dentro de la investigación histórica. En los años previos a la Segunda Guerra Mundial, la historiografía económica del continente estuvo profundamente influida por las investigaciones de E. J. Hamilton, cuyas teorías sobre el efecto de la revolución de los precios en el surgimiento del capitalismo tuvieron, sin duda, importantes repercusiones para la comprensión de la historia moderna europea (Hamilton, 1928, 1929, 1934). No obstante, la gran cantidad de trabajos cuantitativos (frecuentemente de naturaleza más bien recopilatoria) terminó generando críticas cada vez más severas.

Un supuesto metodológico común a muchas de las corrientes europeas era la convicción de que dividir el accionar humano en compartimentos aislados resultaba una práctica artificial y sin sentido. De ello se desprende que cualquier enfoque que tratara la economía de forma aislada era considerado no solo engañoso, sino también intelectualmente inválido. Dado que los fenómenos económicos se hallan intrínsecamente co-

nectados con dimensiones sociales, políticas, culturales y antropológicas, se esperaba que cualquier análisis de historia económica considerase estos vínculos. Representativo de esta orientación fue el programa de investigación de los Annales, especialmente en sus dos primeras generaciones de referentes principales (desde Bloch hasta Braudel): como es sabido, se distinguió por su intento ambicioso de integrar las ciencias sociales en una concepción de la historia como 'historia total', es decir, como conocimiento integral de las estructuras sociales y su evolución.

A pesar de sus diferencias internas, diversos enfoques europeos desarrollaron líneas de investigación afines: en particular, las distintas variantes de historia económica y social que florecieron en Europa luego de la Segunda Guerra Mundial, muchas de ellas (aunque no exclusivamente) de inspiración marxista (basta recordar los célebres 'Estudios sobre el desarrollo del capitalismo' de Maurice Dobb, 1946). De hecho, no puede minimizarse la influencia del pensamiento marxista en la trayectoria de la historiografía económica europea, influencia que fue mucho más notoria en el continente que en América del Norte. En el caso francés, ello contribuyó significativamente al declive de una naciente escuela cliométrica en esa región (Grantham, 1997). En Alemania, el escaso éxito de la cliometría para atraer seguidores a pesar de la sólida posición institucional de la historia económica en las universidades alemanas se puede atribuir a múltiples factores, especialmente a la persistencia de la tradición historicista y a la debilidad relativa de la econometría local (Eddie y Gray, 1999, p. 1). Incluso en Gran Bretaña, que se habría convertido en un canal privilegiado para la recepción de las innovaciones de la nueva historia económica estadounidense, predominó durante largo tiempo una fuerte tradición crítica en historia social y económica, centrada en las consecuencias sociales negativas de la industrialización (Mathias, 2006).

Entonces, ¿cómo comprender esta polarización? ¿Qué explica las trayectorias divergentes que ha seguido la disciplina? No existe una solución clara ni inmediata. Desde luego, los motivos ya señalados tienen peso, al igual que el hecho de que, para comprender la trayectoria de la historia económica, resulta fundamental analizar su articulación con la teoría económica y con los esquemas micro y macroeconómicos que han continuado ejerciendo influencia sobre ella. No obstante, si nos limitamos a este tipo de argumento explicativo, persiste la pregunta: ¿por qué la síntesis neoclásica logró expandirse tan rápidamente y alcanzar una posición hegemónica en el panorama económico estadounidense tras el conflicto bélico? ¿Cómo justificar la persistencia de la economía política crítica en el Reino

Unido o la adopción, por parte de la escuela austríaca, de la introspección como principio metodológico y su desconfianza hacia los modelos cuantitativos? En consecuencia, el objetivo de este análisis es ubicar la evolución de la historia económica dentro del contexto más amplio del desarrollo del pensamiento y la cultura occidental en el siglo XX. En particular, me propongo explorar sus vínculos con la epistemología moderna e identificar las influencias que surgen de esta relación. Esta línea de análisis ha sido frecuentemente abordada en economía y permite observar con nitidez cómo la estructura de esta ciencia se ha configurado a partir de la observación de las ciencias naturales (Pheby, 1988).

En cambio, la historia económica parece haber mostrado una menor sensibilidad hacia estas cuestiones, aunque durante la intensa polémica entre cliometristas y enfoques más tradicionales se produjeron importantes aportes en esta dirección (McClelland, 1975). Este comportamiento, sin embargo, no resulta inesperado. Allí donde ha prevalecido la idea de que la historia económica debe regirse, por así decirlo, por los principios de una economía considerada más rigurosamente científica, los interrogantes de orden epistemológico y metodológico han tendido a superponerse con los de índole puramente económica. Tal es el caso de la cliometría, caracterizada por su recurso intensivo y manifiesto a la teoría económica, no solo para establecer relaciones causales entre ciertas condiciones iniciales y los fenómenos históricos estudiados, sino también para servir como terreno de validación de complejos modelos teóricos. Como advierte Hayden White, no se puede dar una explicación por medios nomológico-deductivos de una trama trágica que represente a una sociedad desmoronada como un aplicativo de las leyes del mercado (White, 1992, p. 23). En este sentido, el intento de someter la narrativa histórica a modelos causales estrictos corre el riesgo de reducirla a esquemas explicativos que no capturan su complejidad simbólica.

Por otro lado, quienes conciben la historia económica como una dimensión específica, aunque relevante, dentro de una historia general e integradora, y que subrayan la particularidad irreductible de cada acontecimiento histórico, no suelen plantearse siquiera la posibilidad de un paralelismo con la economía, y mucho menos con las ciencias exactas. En ese sentido, es probable que también ellos rechacen cualquier intento de indagar en las bases epistemológicas de la disciplina. Ahora bien, estas dos posturas representan los extremos del espectro, y entre ambas se despliega una amplia variedad de enfoques intermedios que articulan de distintas maneras la historia con la teoría económi-

ca, o con las ciencias sociales en general. Entre estos se encuentran quienes reivindican la necesidad de una 'constitución metodológica' autónoma para la historia económica, con capacidad de generar sus propias conceptualizaciones y marcos teóricos.

Intentemos ahora vincular la transformación que experimentó la disciplina antes y después del período de guerra con el entorno filosófico y cultural del momento, cuando dos orientaciones intelectuales acabaron cristalizando en dos tradiciones opuestas. Las nuevas instituciones y propuestas metodológicas que surgieron del ámbito anglosajón de la historia económica, especialmente en los Estados Unidos, parecen haber encajado de forma precisa en el ambiente de rigurosidad científica y desarrollo de instrumentos analíticos objetivos que caracterizó aquella época. Este dinamismo se vio además alimentado por el impulso de corrientes filosóficas distintas pero complementarias, como el empirismo lógico y el análisis del lenguaje.

En contraste, puede decirse que en buena parte de Europa occidental persistió una aproximación más 'humanista' a la historia, que incluía naturalmente a la historia económica. Este enfoque podría estar reflejando un ethos generalizado de tipo 'antieconómico' y alejado del racionalismo. Esta orientación es una clara prolongación del clima crítico que dominó la filosofía continental, en el cual confluyen tradiciones como la fenomenología, la hermenéutica y la Escuela de Frankfurt, entre otras.

Lo que intento plantear es que, con la debida precaución, el contraste que ha tomado forma en los últimos cincuenta años entre la historia económica desarrollada en los Estados Unidos y, en parte (como se verá más adelante), en el Reino Unido, frente a la tradición cultivada en la Europa continental, pone de relieve una diferencia que, aunque no siempre profunda, remite a la distinción entre la filosofía analítica y la continental, o mejor aún, entre el denominado 'estilo analítico' y el 'estilo continental' (D'Agostini, 1997, p. 16). Esta diferenciación resume de manera significativa las particularidades de ambos enfoques dentro del panorama cultural contemporáneo. Al mismo tiempo, evoca y abarca la oposición entre una cultura orientada hacia las ciencias naturales y otra basada en las humanidades; entre la lógica formal y la retórica; entre el enfoque analítico y la interpretación; entre la definición rigurosa de conceptos y la construcción de grandes cosmovisiones (Preti, 1968; Wallerstein, 1997).

Este contraste debe entenderse como una tipología útil, aunque inevitablemente parcial, precisamente por su claridad clasificatoria, permite agrupar de forma

general las distintas escuelas y corrientes de investigación. No obstante, cabe señalar que varios autores sostienen que en los últimos años esta dicotomía ha comenzado a perder fuerza: las diferencias se han reducido, las fronteras conceptuales se han difuminado y ha emergido un cierto diálogo entre ambas tradiciones (Dummett, 1997, 2001). Esta misma evolución puede observarse, como se analizará más adelante, en el campo de la historia económica. Aun así, para comprender el origen y la evolución de sus principales corrientes, esta clasificación continúa siendo una herramienta heurística valiosa.

Un estudio sintético relativamente reciente sobre los estilos de razonamiento y escritura que distinguen la historia económica anglosajona de la continental ayuda a iluminar los fundamentos de cada enfoque. Según el análisis de D'Agostini (1997, p. 58) la filosofía analítica utiliza formalismos y un lenguaje técnico especializado; requiere una argumentación verificable en cada etapa, lo que la lleva a tratar temas bien delimitados y adopta un enfoque conceptual o temático, centrado más en nociones y problemas que en autores o textos concretos. Mientras que, para dicho autor, la filosofía continental evita el uso de terminología técnica, recurre a una argumentación que no siempre puede reconstruirse con precisión lógica; privilegia un enfoque histórico o textual, basado en la referencia a pensadores, obras, contextos particulares del desarrollo del pensamiento, así como a grandes estructuras históricas y conceptuales (como la ontología pre y post platónica. Podemos intentar algunas equivalencias en clave historiográfica, sustituyendo estos términos filosóficos por elementos típicos de la investigación económica. Por ejemplo, en vez de referirnos a autores o textos, podríamos aludir a protagonistas (personas y sus acciones) que marcaron la vida económica del pasado. En resumen, ambas metodologías dentro de la historia económica pueden ponerse en relación y distinguirse por ciertos rasgos clave. La primera, identificada con el estilo 'analítico' y originada al otro lado del Atlántico, se caracteriza por su enfoque centrado en la resolución de problemas, su orientación conceptual (lo que explica su vínculo con la teoría económica) y el uso de un lenguaje técnico (de ahí su dependencia de instrumentos como la econometría y el análisis estadístico). Este modelo ha sido ejemplificado de manera paradigmática por la escuela cliométrica estadounidense. Según Robert Fogel, su propósito era transformar la historia económica, que operaba con teorías implícitas, vagamente formuladas y no verificadas, en una disciplina basada en teorías rigurosas y con validación empírica. Más adelante, en ese mismo trabajo, Fogel afirma que el objetivo de los historiadores económicos debe ser buscar construcciones teóricas que, aunque sencillas,

sean capaces de describir adecuadamente las realidades que estudian (Fogel, 1967, pp. 297-298).

Para D'Agostini, los modelos simples incorporan pocos parámetros y, en consecuencia, resultan 'eficientes' respecto a los datos disponibles. Este argumento refuerza la analogía con lo que se ha denominado el 'estilo analítico', particularmente en relación con a la idea de que la inclinación por la esquematización, o al menos por la construcción de algún tipo de modelo teórico, sigue siendo una característica esencial del enfoque analítico y un elemento central que lo diferencia del estilo continental (D'Agostini, 1997, p. 211). A la inversa, las notas distintivas de la tradición continental se pueden introducir justamente a partir de su escepticismo frente a ese impulso esquemático.

Sin embargo, dado que este enfoque agrupa diversas corrientes intelectuales, es más complejo identificar rasgos comunes, aunque pueden reconocerse ciertas constantes en las obras más influyentes, con una intensidad variable según el caso: una visión global, una escritura narrativa, un ordenamiento cronológico fuerte, y una orientación interpretativa. Por ejemplo, dentro de la tradición marxista, el ya citado trabajo de Maurice Dobb representa bien este enfoque, al igual que las aportaciones posteriores de Eric Hobsbawm. Aún más paradigmáticas fueron las posturas metodológicas adoptadas inicialmente por Lucien Febvre en la escuela de los Annales, y más tarde por Fernand Braudel en sus investigaciones sobre la larga duración y la economía-mundo. Para Febvre, la historia total se manifiesta como una síntesis cognitiva de las múltiples dimensiones sociales construida de manera experimental, es decir, integrando múltiples perspectivas disciplinarias bajo la premisa de que la ciencia debe reflejar la misma indeterminación que caracteriza a la sociedad. Braudel, por su parte, sostenía que la idea de totalidad es más bien marginal, expresada como una apropiación progresiva, por parte de los historiadores, de los métodos y herramientas de disciplinas periféricas (Gemelli, 1987, p. 17). Una generación entera de historiadores y científicos sociales se formó bajo la influencia combinada del marxismo y la escuela francesa, y esta impronta llegó incluso a América del Norte. Intelectuales como Paul Bairoch, Immanuel Wallerstein, Jürgen Kocka y Giovanni Arrighi abordaron los procesos históricos con una perspectiva comparativa amplia y una fuerte conciencia social y medioambiental. Todos ellos fueron actores clave en el actual resurgimiento de la llamada 'historia mundial' o 'historia global'.

En Reino Unido, el contexto intelectual fue particularmente fértil para recibir las innovaciones estadounidenses. Su larga trayectoria en el análisis económico

fue decisiva en la formación, tras la Segunda Guerra Mundial, de una corriente de historia económica sólida tanto empírica como conceptualmente, en la que se destacan figuras como Alec Cairncross, Brinley Thomas, Phyllis Deane, H. J. Habakkuk y Ronald Harwell. En ese mismo entorno se formó Angus Maddison, economista de prestigio y consultor de la OCDE, célebre por sus estudios comparativos del crecimiento histórico, ampliamente citados por economistas e historiadores por igual (Feinstein, 2003). Sin embargo, asociar sin matices las escuelas británica y estadounidense sería inexacto. Existe una notable disparidad entre el modelo estadounidense, claramente estructurado y formalizado, y el británico, con una menor carga analítica. Esta diferencia, que también tiene paralelos epistemológicos, puede explicarse, al menos en parte, por las distintas tradiciones filosóficas subyacentes a ambas escuelas. Volviendo al esquema anterior, la divergencia radica principalmente en el primer aspecto: el uso de formalismos, un lenguaje técnico y razonamientos que puedan verificarse paso a paso. Lo que sí comparten es una orientación conceptual centrada en la resolución de problemas. Dentro del enfoque analítico, ya en los años treinta se distinguían dos vertientes: una de corte lógico-neopositivista, dominante en Estados Unidos, y otra más cercana al análisis ordinario del lenguaje, que floreció en el Reino Unido. Para la década de 1950, esta diferencia se reflejaba en dos tipos de lenguaje: el 'ideal' en EE.UU. y el 'natural' en Gran Bretaña. El primero aspira a depurar y clarificar el discurso, relacionándolo con un lenguaje formal y reglado, de forma que sus estructuras lógicas y procedimientos sean precisos y controlables. En contraste, las corrientes británicas, dentro del análisis del lenguaje, se mostraban menos proclives a la formalización y al uso de procedimientos estrictos para el análisis del lenguaje común, ya que, desde su óptica, la naturaleza interactiva y comunicativa del lenguaje desaconseja dicha formalización (D'Agostini, 1997, pp. 216–217).

Tal vez estemos frente a una cuestión terminológica que divide a las dos vertientes del enfoque analítico: la escuela estadounidense, orientada hacia un lenguaje lógico depurado, y la británica, más reacia a su formalización. Este contraste se vuelve evidente al analizar una de las obras más relevantes de la historiografía económica británica: 'American and British Technology in the Nineteenth Century', de H. J. Habakkuk (1962), así como el prolongado debate que suscitó a nivel metodológico. En una entrevista concedida en 1997, Habakkuk señaló explícitamente las diferencias entre los lenguajes económicos de ambos países al afirmar que los economistas más influyentes no estaban interesados en investigaciones empíricas a gran escala, sino que se enfocaban en un número limitado de datos bien

comprobados y dedicaban grandes esfuerzos intelectuales a interpretar cómo, a partir de ellos, funcionaba el sistema; a la vez que evitaban los enunciados formales de hipótesis y, por ende, las pruebas estadísticas de su validez (Habakkuk, 1997, pp. 29–30).

En su intento por reinterpretar el desarrollo tecnológico en ambos países, Habakkuk destacó la alianza entre historia y teoría como especialmente valiosa, sobre todo en relación con aquellos componentes teóricos que resultaban pertinentes para el análisis empírico. Esta postura define el enfoque heterodoxo de su obra, que suaviza los elementos neoclásicos mediante una integración más amplia con ideas clásicas y keynesianas. Sin embargo, fue justamente esta apertura la que motivó las críticas de los nuevos historiadores económicos estadounidenses, quienes lo acusaron de no especificar adecuadamente su marco teórico, lo que, desde su perspectiva, debilitaba su precisión analítica e impedía formalizar su argumento en términos que permitieran cuantificaciones definitivas. Así, Peter Temin, al considerar únicamente los componentes del razonamiento de Habakkuk que podían traducirse al lenguaje neoclásico ignorando los elementos dinámicos asociados al cambio tecnológico llegó a conclusiones opuestas: que los costos laborales eran más bajos en EE.UU. que en el Reino Unido, contradiciendo toda la documentación empírica disponible. (Temin, 1966; Fogel, 1967; Temin, 1971; David, 1975). Esta discusión sobre el trabajo de Habakkuk nos devuelve a la relación entre teoría económica e historia económica; siendo ésta una cuestión especialmente debatida en la tradición analítica. Está ampliamente aceptado que la economía puede ofrecer herramientas valiosas para esclarecer fenómenos económicos del pasado, como ya lo ilustran las referencias a Kuznets, Habakkuk y Sutch citadas en este trabajo.

No obstante, este vínculo resulta mucho más complejo —y en gran parte irresuelto— en la corriente continental. Aunque Braudel mostró una notable apertura hacia la economía, la escuela de los Annales coloca esta disciplina al mismo nivel que otras ciencias humanas (como la antropología, la sociología o la psicología), todas ellas reunidas en un laboratorio común: la historia global. En el enfoque marxista, por el contrario, esta relación se intensifica, pues se le otorga un significado político, social e ideológico, que puede comprenderse adecuadamente bajo el concepto de 'visión del mundo'.

Por tanto, es en el 'espacio analítico' donde se ha comenzado a esbozar una división tentativa de funciones entre historia económica y economía. Aunque ambas

comparten la misma materia prima, difieren en sus objetivos fundamentales: para la historia económica, la función primordial es la explicación; para la economía, en cambio, el propósito central es la predicción (Friedman, 1953). El análisis de problemas concretos proporciona las piezas clave para entender cómo se han transformado los sistemas socioeconómicos a lo largo del tiempo, tanto antes como después del surgimiento del capitalismo moderno.

Como ya se ha señalado, la década de 1940 marcó un punto de quiebre fundamental en la actitud adoptada frente a la teoría económica. Al mismo tiempo, emergía un fuerte impulso a favor de una colaboración más estrecha entre historia económica y teoría económica, incluyendo sus fundamentos metodológicos. Este mérito se debe, en gran medida, a Carl Gustav Hempel, filósofo alemán vinculado al Círculo de Berlín y en estrecha relación con el Círculo de Viena, los dos principales núcleos impulsores del empirismo lógico, corriente que más adelante se entrelazó con el análisis filosófico. Tras emigrar a Estados Unidos (donde fue docente en Princeton y Pittsburgh), Hempel publicó varios aportes metodológicos de gran relevancia para las ciencias sociales. En particular, en su influyente ensayo de 1942, *La función de las leyes generales en la historia*, formuló el principio de la unidad metodológica de la ciencia empírica, a partir del cual establecía la necesidad, en el análisis histórico, de utilizar extensivamente hipótesis generales, la mayoría de las cuales provienen de disciplinas tradicionalmente distintas a la historia (Hempel, 1942, p. 48). Así, los distintos campos del saber debían recurrir a sus ciencias conexas para obtener leyes explicativas de los fenómenos; en este marco, la historia económica debía apoyarse en la economía como ciencia auxiliar. En ese mismo ensayo, Hempel aceptaba que algunas explicaciones históricas podían basarse en hipótesis probabilísticas (p. 41), pero en última instancia identificaba esas leyes (las llamadas 'leyes de cobertura') con generalizaciones universales, propias del modelo explicativo nomológico-deductivo. Este enfoque se basa en deducciones realizadas a partir de leyes generales (y deterministas), de validez universal y atemporal, semejantes a las leyes de la naturaleza. Desde la óptica de Hempel, la cuestión crucial para el historiador económico pasaba a ser la elección del segmento adecuado de la teoría económica, es decir, qué tipo de leyes serían pertinentes para explicar un determinado fenómeno. En esa línea, uno de los principales desafíos del conocimiento histórico es su capacidad para generar explicaciones sistemáticas basadas en regularidades generales. Desde su perspectiva, una explicación científica de un fenómeno empírico debe mostrar que dicho fenómeno era de esperar, en virtud de leyes generales y de ciertas condiciones empíricas

específicas (Hempel, 1996, p. 69). De allí se desprende su propuesta de aplicar a la historia el modelo nomológico-deductivo, en el cual la formulación de leyes generales permite deducir eventos particulares, equiparando así los métodos de las ciencias naturales con los de las ciencias sociales e históricas. La respuesta vendría con el viraje racionalista y 'cientificista' que caracterizó a la economía estadounidense desde los años treinta (McCloskey, 1985). Coincidiendo con la difusión del 'estilo analítico' y con la llegada de destacados pensadores neopositivistas europeos a Estados Unidos, la tradición institucionalista y pragmática que había dominado hasta entonces fue rápidamente desplazada por la corriente marginalista-neoclásica. Esta última, desde Walras, se centró en la formulación teórica del equilibrio económico general, concebido como un principio abstracto, desvinculado de contextos históricos específicos. Los modelos económicos derivados de esta tradición se sustentan en postulados y supuestos que adoptan la forma de afirmaciones teóricas universales. Durante décadas, estos modelos constituyeron el núcleo de la economía teórica dominante, encontrando un respaldo epistemológico contundente en el célebre ensayo de Friedman de 1953, donde la economía era concebida como una ciencia empírica equiparable a la física clásica (Pheby, 1988). Para los primeros historiadores cliométricos, no cabía duda de que la teoría más relevante era la neoclásica, con sus modelos estáticos basados en la función de producción, adecuados para abordar fenómenos de naturaleza microeconómica (Toninelli, 1987). En contraste, otras corrientes permanecieron al margen, a pesar de su profunda influencia tanto en la teoría como en la práctica keynesiana y postkeynesiana, que en su versión originaria de la escuela de Cambridge, fue ignorada sistemáticamente.

Así, a partir de finales de la década de 1950, el paradigma analítico neoclásico empezó a ejercer una influencia creciente sobre la historia económica en Estados Unidos, al punto de que la cliometría acabaría identificándose cada vez más con él. No obstante, esta hegemonía no estuvo exenta de controversias: desde el inicio, el llamado 'grupo de Harvard' de la cliometría, formado en torno a los discípulos de Alexander Gerschenkron, expresó reservas frente a la excesiva dependencia del modelo de precios neoclásico. Más relevante aún fue el giro crítico de uno de los fundadores más reconocidos de la nueva escuela, Douglass North (1981, 1990), quien, disconforme con la reducción de la historia a simples modelos de equilibrio, propuso un nuevo enfoque centrado en el papel de las instituciones, retomando en cierto modo las raíces de la disciplina en la antigua escuela histórica (Freeman & Louça, 2002, pp. 16–20). Asimismo, en 1971, la creciente in-

satisfacción de los historiadores de empresas con el rumbo que estaba tomando la historia económica llevó a una escisión significativa entre ambas áreas.

Desde fines de los años cuarenta, la convivencia problemática entre historia económica e historia empresarial había intentado resolverse mediante una fórmula de compromiso: bajo la influencia de Schumpeter, un grupo de jóvenes académicos vinculados al Centro de Investigación en Historia Empresarial de Harvard trató de tender puentes entre ambas disciplinas, sentando las bases del que luego sería el paradigma dominante de la historia de la empresa: la síntesis organizativa propuesta por Alfred Chandler (Galambos, 2003; Hausman, 2003). Este enfoque, centrado en la estructura por encima de los actores, se ajustaba al modelo conceptual angloamericano, aunque, a la luz de la posterior bifurcación disciplinaria, ello pueda parecer una contradicción. También en la evolución de la historia empresarial puede observarse una escisión nítida: en el mundo anglosajón se privilegia el análisis de la empresa como institución, mientras que en Europa continental se enfatiza el papel del emprendedor. Una vez más, las divergencias epistemológicas de fondo ayudan a explicar estas diferencias conceptuales (Toninelli, 2006).

En la economía clásica, desde Adam Smith hasta Karl Marx, el empresario fue una figura apenas mencionada, si no ignorada por completo. La inversión de capital y el proceso productivo eran vistos como mecanismos automáticos que no requerían decisiones audaces, evaluación de riesgos ni visión emprendedora. En ese marco, el término 'capitalista' era el que captaba la atención de los teóricos. En cambio, en Europa continental, una tradición que remonta a la Italia del Bajo Medioevo y del Renacimiento, así como a la Economía de las Minorías y al pensamiento escolástico tardío, otorgaba un papel central al periculum (el riesgo y la incertidumbre) como fundamento legítimo de las ganancias comerciales. No es casual que un contemporáneo francés de Smith, Richard Cantillon, acuñara el término 'emprendedor', el cual sería popularizado por J. S. Mill en el contexto británico (1848). Sin embargo, Mill no logró modificar la tradición smithiana-ricardiana, que seguía considerando al empresario como una figura derivada del capitalista (Blaug, 2000, p. 80).

A lo largo del siglo XIX, la perspectiva dominante no cambiaría sustancialmente, salvo por algunas excepciones destacables. En Europa continental, la Escuela Austríaca avanzó una línea teórica coherente centrada en la acción individual, subrayando la importancia del rol del emprendedor (Kirzner, 1973); por su parte, pensadores como Max Weber y Werner Sombart reali-

zaron importantes contribuciones a la construcción de tipologías y clasificaciones de los actores económicos, incluyendo a los empresarios. En el campo analítico, en cambio, el modelo estático neoclásico continuó relegando el emprendimiento a un papel marginal, considerándolo, en el mejor de los casos, un remanente inexplicable: un 'residuo' al que la contabilidad del crecimiento confinaba todo aquello que no podía ser captado mediante su aparato teórico formal. No obstante, el institucionalismo dejó una huella perdurable en una corriente intelectual menos visible pero significativa, lo que permitió renovar el interés por la empresa como entidad organizada (Veblen, 1904; Berle & Means, 1932; Coase, 1937; Penrose, 1959). La dinámica interna de esta institución se convirtió en un objeto de estudio relevante para la historia empresarial, pero, como ya se ha dicho, no bastó para evitar la ruptura entre la historia económica y la historia de la empresa.

4. DISCUSIÓN

Las ciencias sociales, por ser más recientes que las ciencias naturales, corren el riesgo de someterse a los esquemas de estas últimas. Cualquier intento de trasladar de forma análoga los modelos físico-matemáticos al estudio de fenómenos sociales genera inevitablemente una tensión conocida: aquella que surge entre las formulaciones teóricas abstractas y la complejidad concreta de la historia. Esta fricción se origina en torno a nociones que, hasta hace poco, eran consideradas pilares del pensamiento científico, como el equilibrio, el determinismo o la reversibilidad, mientras que los elementos imprevistos o disruptivos eran marginados. Con todo, incluso dentro de círculos analíticos en Estados Unidos han comenzado a surgir cuestionamientos sobre dos pilares esenciales de la 'visión científica del mundo' asociada a Carnap: la separación radical entre sujeto y objeto en el proceso de conocimiento, y la atomización de los hechos observables. Esta crítica se mantuvo incluso cuando autores como Kuhn, Lakatos y Feyerabend (y antes Popper) intentaron superar el legado del positivismo lógico. Hasta cierto punto, incluso elementos irracionales fueron absorbidos en los cimientos racionales de las teorías científicas. Al mismo tiempo, en el ámbito británico del análisis, emergía un giro 'postempirista' que cuestionaba profundamente la dicotomía entre ciencias humanas y ciencias naturales, dado que esta se sostenía sobre una concepción del empirismo ya ampliamente desacreditada. Este estudio de los métodos considerados en sí mismos constituye, a su manera, una especialidad, cuyos técnicos se llaman filósofos. Como ya advertía Bloch, el historiador debe ser capaz de conectar sus herramientas metodológicas con las corrientes más amplias del conocimiento, evitando toda fragmentación disciplinar

estéril (Bloch, 1982, p. 20). El lenguaje mismo de las ciencias físicas es, en el fondo, metafórico e inexacto, y solo puede traducirse a fórmulas mediante una distorsión de su evolución histórica (Hesse, 1980, pp. 171–173).

Más aún, en lugar de insistir en la distinción entre ambas epistemologías, las corrientes científico-filosóficas más recientes parecen señalar que dicha oposición ha sido superada gracias al surgimiento de una nueva perspectiva epistemológica que plantea una ‘alianza renovada’ entre ciencias naturales y ciencias sociales (Prigogine & Stengers, 1979), similar a la que se desarrolla en el campo de las ciencias de la complejidad (Toninelli, 1987).

Esta propuesta de convergencia ha comenzado a extenderse también hacia las ciencias sociales europeas, incluidas las diferentes corrientes de la historia económica. En la actualidad, el reto de la complejidad no conoce fronteras geográficas, temáticas ni disciplinas; por el contrario, su carácter transversal se ha vuelto su rasgo distintivo (Prigogine et al., 1986; Nicolis y Prigogine, 1991; Morin, 1993). En este sentido, la tradición continental, menos influida por el marco epistemológico neoempirista, podría tener una vía más accesible. No obstante, desde la lógica de las ciencias puras y sus modelos más rigurosos (como el del equilibrio económico general y, por extensión, la cliometría), esta convergencia interdisciplinaria exige concesiones sustanciales, como el abandono del principio de reversibilidad y la incorporación plena del tiempo y el espacio como dimensiones fundamentales del análisis.

A su vez, incluso las ciencias humanas consideradas ‘débiles’ (entre ellas, la historia económica continental) deben afrontar un salto cualitativo: uno que implique asumir seriamente el problema de la conceptualización teórica (como ya hacen desde hace tiempo historiadores del arte o de la literatura), y comprender que el enfoque de la complejidad representa algo distinto (y más desafiante) que una mera aspiración a la totalidad. Además, las décadas de 1960 y 1970 fueron ricas en debates e innovaciones dentro de las escuelas filosóficas continentales, con efectos significativos sobre la evolución interna de la historia económica europea. Baste pensar en las transformaciones dentro de la escuela de los Annales, el surgimiento de su ‘tercera generación’ y las influencias de Lévi-Strauss y Foucault en pleno auge del estructuralismo francés.

Las transformaciones epistemológicas de ese periodo también influyeron en la teoría económica, incluso dentro de las líneas más ortodoxas derivadas del marginalismo neoclásico (Barrotta & Raffaelli, 1998).

Aunque en algunas corrientes heterodoxas la crítica al modelo positivista se manifestó poco después de la crisis del neoempirismo hacia mediados de los años ochenta incluso Robert Solow, uno de los referentes de la economía ‘pura’, reconoció en una reunión de la American Economic Association que habrá que admitir que la validez de un modelo económico puede depender del contexto social (Solow, 1985: 331). Más provocador aún fue el ensayo de McCloskey publicado ese mismo año (McCloskey, 1985; McCloskey, 2001), una crítica frontal al método de la economía positiva, escrita por un exponente de la escuela de Chicago que había defendido durante años las tesis positivistas. Esta reivindicación de la retórica en economía e historia económica puede entenderse como un intento de cerrar la brecha entre el enfoque analítico y el continental en ambas disciplinas.

En términos más amplios, la teoría económica actual se presenta como más plural y menos monolítica. Como indica Avner Greif (1997, p. 401), los avances teóricos y la evidencia empírica llevaron tanto a la micro como a la macroeconomía a abandonar la idea de un modelo económico único y universal. La aparición de conceptos como instituciones, información asimétrica, racionalidad limitada o equilibrios múltiples plantea nuevos retos fundamentales para la teoría, y ha generado, incluso entre los economistas tradicionales, una menor convicción sobre la existencia de leyes económicas inmutables (Demeulemeester y Diebolt, 2007). El panorama estadounidense también ha cambiado en lo que respecta a la historia económica. Las aportaciones más innovadoras han surgido en el campo de la historia de la tecnología, donde autores como Nathan Rosenberg (1976, 1982, 1994) y Paul David (1985, 1992, 1999, 2007) han promovido un reposicionamiento estratégico de las variables temporales y espaciales, con el objetivo de devolver dinamismo a los estudios históricos. Estas contribuciones, claramente inspiradas por el pensamiento de Schumpeter, han sido clave (Freeman y Louça, 2002). A nociones como la convergencia tecnológica, el aprendizaje mediante la práctica y la dependencia del camino recorrido, introducidas por estos autores y hoy fundamentales en la disciplina, se suma el concepto de ‘equilibrios puntuados’, tomado de las ciencias de la complejidad y aplicado al análisis del cambio tecnológico (Mokyr, 1990). Esta idea intenta combinar continuidad y disrupción en los procesos de transformación tecnológica (y económica), reinterpretando los modelos de la biología evolutiva, donde fases graduales de cambio darwiniano se ven interrumpidas por rupturas profundas que originan nuevas especies. Más allá de la analogía epistemológica, considero que estos trabajos forman parte de una tradición menor pero esencial para el porvenir de la disciplina: aque-

lla que ha buscado establecer un marco metodológico propio para la historia económica, capaz de armonizar reflexión conceptual y explicación empírica, avanzando en el delicado equilibrio entre economía e historia, mediante la formulación de modelos y generalizaciones originales y específicos. En el pasado, autores como Alexander Gerschenkron, Walt Rostow, Ronald Hartwell y H. J. Habakkuk contribuyeron decisivamente a esta orientación. Hoy, junto con los teóricos inspirados por Schumpeter, los historiadores de la escuela neoinstitucional también se inscriben dentro de esta perspectiva.

No obstante, incluso en el núcleo más rígido de la historia económica cliométrica se observan señales de transformación. En la misma revista que fue durante décadas el bastión de este enfoque (*Journal of Economic History*), en los últimos quince años han aparecido trabajos de figuras influyentes que abogan por una mayor apertura hacia perspectivas humanísticas en el contexto estadounidense. Así, en el ya citado artículo, Sutch plantea como uno de los objetivos principales de la disciplina su reintegración dentro del campo de la historia (Sutch, 1991, pp. 277–278). Por su parte, Peter Temin, en su intervención inaugural de la reunión de la *Economic History Association* de 1996, titulada provocadoramente *¿Es kosher hablar de cultura?* (Temin, 1997), reconocía que las diferencias culturales desempeñaron un papel clave en la forma en que distintas naciones enfrentaron el proceso de industrialización, especialmente al comparar el mundo anglosajón con Japón. De ahí su recomendación para que tanto economistas como historiadores económicos otorguen mayor relevancia a las dimensiones culturales en sus estudios sobre el desarrollo. Estas preocupaciones abarcan desde el llamado de McCloskey (1998) a incorporar las ‘variables S’ en el análisis económico-histórico, hasta la relectura de Wright (1999) sobre la Revolución de los Derechos Civiles como una revolución económica en el Sur; desde la propuesta de Neal (2000) de centrar el análisis histórico más en los ‘shocks’ que en el cambio gradual, hasta el énfasis de Claudia Goldin (2001) en los rasgos positivos y negativos del proceso estadounidense de acumulación de capital humano.

A un nivel más general, diversas reflexiones metodológicas que exploran la naturaleza y las limitaciones de la disciplina apuntan hacia un enfoque más abierto y mixto, capaz no solo de reconciliar historia y economía, sino incluso de transformar la historia económica en una ‘cura para la economía’ (Greif, 1997, 2006; North, 1997; North, Wallis & Weingast, 2006; Wright, 2001, 2006).

5. CONCLUSIONES

El análisis realizado permite sostener que las divergencias metodológicas dentro de la historia económica no pueden explicarse exclusivamente por factores internos a la disciplina ni por meras diferencias técnicas en el uso de fuentes o herramientas. Más bien, estas divergencias se insertan en un marco más amplio de tensiones epistemológicas y culturales que reflejan la profunda bifurcación entre el estilo analítico anglosajón y el estilo continental europeo, manifestación, a su vez, de la dualidad entre las ciencias sociales orientadas al modelo de las ciencias naturales y aquellas más próximas a las humanidades.

En este sentido, el predominio de enfoques como la cliometría en Estados Unidos y la tradición estructural-interpretativa en Europa debe entenderse como resultado de trayectorias intelectuales diferenciadas, marcadas por distintas filosofías del conocimiento, estructuras institucionales, disponibilidades documentales y prioridades culturales. La cliometría, con su énfasis en la formalización, la modelización y la verificación empírica, respondió a un contexto en el que la economía teórica neoclásica alcanzaba un alto grado de hegemonía, mientras que la historia económica continental se desarrolló bajo la influencia de tradiciones como la escuela histórica alemana, el marxismo y la escuela de los *Annales*, todas ellas más interesadas en la interpretación de procesos estructurales de larga duración que en la cuantificación de fenómenos aislados.

Sin embargo, el contraste no es absoluto ni estático. El desarrollo reciente de la disciplina ha mostrado una tendencia creciente hacia la hibridación y el diálogo entre enfoques. Tanto desde el campo analítico como desde las corrientes continentales, han surgido iniciativas que buscan superar el antagonismo histórico mediante la incorporación de dimensiones culturales, institucionales, tecnológicas y comparativas, así como una mayor atención al problema de la complejidad. El resurgimiento de enfoques neoinstitucionalistas, la historia global, la historia de la tecnología o las propuestas inspiradas en las ciencias de la complejidad constituyen manifestaciones de este esfuerzo integrador.

En consecuencia, el estudio de la historia económica en el siglo XX revela no solo una lucha metodológica por definir el campo disciplinar, sino también un espejo del devenir epistemológico de las ciencias sociales en su conjunto. Las tensiones entre empirismo y hermenéutica, entre predicción y comprensión, entre cuantificación y narración, siguen presentes, pero en lugar de paralizar el avance de la disciplina, parecen abrir nuevas posibilidades para repensar su estatuto,

su objeto de estudio y sus vínculos con otras áreas del saber. Como plantea White, las explicaciones históricas no pueden ser evaluadas sólo en términos de su adecuación empírica, sino también en función del tipo de emplazamiento ideológico, ético o estético que implican (White, 1992, p. 24). Por ello, asumir la pluralidad metodológica no solo es un imperativo epistemológico, sino también una forma de reconocer la dimensión interpretativa inherente a toda construcción histórica. Una de las contribuciones más influyentes al debate sobre la explicación científica en las ciencias sociales proviene de la obra de Ernest Nagel. Desde su perspectiva, no hay una diferencia esencial de tipo lógico entre las ciencias naturales y las sociales, sino más bien de complejidad y grado. En efecto, sostiene que muchas explicaciones en historia y sociología pueden estructurarse conforme al modelo nomológico-deductivo, siempre y cuando estén adecuadamente formuladas y se basen en generalizaciones empíricas confirmadas. De acuerdo con Nagel, la diferencia entre las ciencias sociales y naturales no es de género, sino de grado (Nagel, 2006, p. 619), y por ello el historiador no está excluido del campo de la explicación científica, aunque su materia sea más resistente a la formulación de leyes generales (p. 622). Esta posición representa una defensa firme del naturalismo metodológico, al rechazar la idea de que el estudio del pasado humano deba estar regido por principios radicalmente distintos a los de las ciencias empíricas.

Sería simplista atribuir las distintas trayectorias que ha seguido la historia económica a uno y otro lado del Atlántico (así como los recientes giros observados en Estados Unidos) únicamente a los factores culturales y filosóficos, ampliando aquí el significado de las variables "S" de McCloskey. Como se ha señalado anteriormente, aspectos vinculados a la economía y sociología de la academia probablemente subyacen a los debates teóricos y epistemológicos, particularmente en lo referido al mercado de plazas universitarias. Esta situación se evidencia claramente en las entrevistas realizadas a figuras prominentes de la disciplina, recogidas en años recientes en *The Newsletter of the Cliometric Society*. Según estas voces, frente al dinamismo del sistema universitario estadounidense, las universidades europeas continentales, de carácter predominantemente público, se han mostrado más reacias al cambio. En estas últimas, la rigidez de los programas académicos y de las trayectorias profesionales tiende a preservar tradiciones consolidadas de investigación (Temin, 1999; David, 1999; Ransom, 2000; Engerman, 2000; McCloskey, 2001; Rockoff, 2003). Justo antes del auge de la cliometría, la teoría económica comenzaba a reemplazar rápidamente al institucionalismo económico, hasta entonces dominante. Una de las consecuencias

fue que la historia económica tradicional se consideraba una de las áreas menos rigurosas del campo y estaba siendo desplazada de muchos programas de posgrado (Williamson, 1991: 21).

Gracias a su disposición para colaborar con economistas orientados a un análisis más riguroso y teóricamente fundado, los cliometristas supieron responder a las necesidades de los departamentos de economía. A ello se sumó, desde 1958, su habilidad para utilizar la informática (Hughes y Reiter, 1958), lo cual captó rápidamente el interés de los académicos estadounidenses, incluso más allá de las 'ciencias duras'. Así, hacia finales de los años sesenta, los nuevos historiadores económicos lograron insertarse con facilidad en departamentos de economía en plena expansión. Durante la década de 1970, mientras las oportunidades laborales para los doctorandos en historia tradicional se reducían drásticamente, la demanda de cliometristas se mantenía elevada, lo cual les permitió obtener plazas y alcanzar la titularidad con una ventaja media de dos años respecto a sus colegas historiadores (Fogel, 1996). A este éxito académico se sumó la facilidad para captar financiamiento público y privado, tanto para proyectos de investigación cuantitativos como para la organización de conferencias y seminarios.

Para finalizar, conviene dejar señaladas al menos dos observaciones relevantes para futuras investigaciones: primero, la superación paulatina de lo que antes constituía también una división geográfica entre historia económica analítica y continental. En diversos países europeos han emergido recientemente escuelas de economía histórica con propuestas sustantivas que pueden reforzar el proceso de reflexión metodológica iniciado por la cliometría estadounidense.

Segundo, como se indicó previamente, desde la década de 1970 ha comenzado una etapa de revisión y redefinición de los fines y métodos de la historia económica y social en Europa continental. La articulación de enfoques marxistas con la herencia braudeliana ha promovido un nuevo campo de estudios denominado 'mega-historia económica': una perspectiva de largo plazo y escala global, que ha cuestionado los sesgos eurocéntricos que habían dominado durante mucho tiempo. Este viraje ha sido impulsado, entre otros, por Patrick O'Brien (2006). En paralelo, el avance de la globalización y sus consecuencias económico-culturales ha captado la atención de destacados historiadores económicos anglosajones, como Jeffrey Williamson, Alan Taylor y Niall Ferguson. Esta corriente aspira a integrar exitosamente la metodología cliométrica con una visión amplia de fenómenos sociales, culturales y políticos.

Tal vez sea inviable reclamar para la historia económica lo que hace años se postulaba para la historiografía en general: que las relaciones mutuamente enriquecedoras han sustituido completamente las características culturales propias de cada país y que las orientaciones metodológicas han dejado de ser una cuestión nacional (Rossi, 1987: XVIII). Tal vez lo que se proyecta es más bien una convivencia plural, con múltiples metodologías y líneas de trabajo, capaces de trascender, desde dentro, cualquier dicotomía rígida de tipo epistemológico o metodológico.

REFERENCIAS

- Ashley, W. (1893). On the study of economic history. *Quarterly Journal of Economics*, 7(January).
- Ashley, W. (1927). The place of economic history in university studies. *Economic History Review*, 1(1).
- Arriba Bueno, R. de. (2019). Debates y controversias de política económica. FUOC.
- Berle, A., & Means, G. (1932). *The modern corporation and private property*. McMillan.
- Blaug, M. (2000). Entrepreneurship before and under Schumpeter. In R. Swedberg (Ed.), *Entrepreneurship: The social science view*. Oxford University Press.
- Bloch, M. (1949). *Apologie pour l'histoire, ou Métier d'historien*. Paris: A. Colin.
- Bloch, M. (1982). *Introducción a la Historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Braudel, F. (1969). *Écrits sur l'histoire*. Paris.
- Braudel, F. (1992). *I tempi della storia*. Bari: Dedalo.
- Burke, P. (1993). *La Revolución Historiográfica Francesa*. La Escuela de los Annales: 1929-1989, Barcelona: Editorial Gedisa.
- Cardoso, C. F. S., & Pérez Brignoli, H. (1984). Los métodos de la historia: Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social (5.ª ed.). Editorial Crítica.
- Chandler, A. D. (2004). An interview with Alfred Chandler, Jr. *The Newsletter of the Cliometric Society*, 19(2).
- Clapham, J. H. (1922a). Of empty boxes. *Economic Journal*, 32, 305–314.
- Clapham, J. H. (1922b). The economic boxes: A rejoinder. *Economic Journal*, 32, 560–563.
- Coase, R. (1932). The nature of the firm. *Economica*, (4).
- D'Agostini, F. (1997). *Analitici e continentali: Guida alla filosofia degli ultimi trent'anni*. Milano.
- David, P. A. (1975). *Technical choice, innovation and economic growth*. Cambridge and London.
- David, P. A. (1985). Clio and the economics of QWERTY. *American Economic Review*, 75 (May).
- David, P. A. (1992). Heros, herds and hysteresis in technological history. *Industrial and Corporate Change*, 1(1), 129–190.
- David, P. A. (1999). An interview with Paul David. *The Newsletter of the Cliometric Society*, 14(2).
- David, P. A. (2007). Path-dependence: A foundational concept for historical social science. *Cliometrica*, 2.
- Demeulemeester, J. L., & Diebolt, C. (2007). How much could economics gain from history: The contribution of cliometrics. *Cliometrica*, 1.
- Dummett, M. (1997). Il pensiero fra progressi. Un confronto fra "analitici e continentali", le due correnti principali della filosofia contemporanea. In: *Analitici e continentali*.
- Dummett, M. (2001). *La natura e il futuro della filosofia*. Genova: Il Melangolo.
- Eddie, S., & Gray, R. (1999). International and interdisciplinary perspectives on German economic and social history: The first German Cliometrics Conference. *The Newsletter of the Cliometric Society*, 14(3).
- Einaudi, L. (1936). Nota a "Per un programma di lavoro". *Rivista di Storia Economica*, 1(3).
- Engerman, S. (2000). An interview with Stanley Engerman. *The Newsletter of the Cliometric Society*, 15(1).
- Febvre, L. (1953). *Combats pour l'histoire*. Paris.
- Feinstein, C. (2003). An interview with Charles Feinstein. *The Newsletter of the Cliometric Society*, 18(1).
- Fogel, R. W. (1967). The specification problem in economic history. *Journal of Economic History*, 27.
- Fogel, R. W. (1996). A life of learning. *ACLS Occasional Papers*, 34.
- Fogel, R. W. (2000). Simon S. Kuznets, 1901–1985. *NBER Working Paper Series*, 7787.
- Freeman, C., & Louçã, F. (2002). *As time goes by*. Oxford University Press.
- Friedman, M. (1953). *Essays in positive economics*. Chicago: University of Chicago Press.
- Galambos, L. (2003). Identity and the boundaries of business history: An essay on consensus and creativity. *Enterprise & Society*, 4(2).
- Gemelli, G. (1987). Le Annales del secondo dopoguerra: un paradigma? In P. Rossi (Ed.), *La storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi*. Milano.
- Goldin, C. (2001). The human-capital century and American leadership: Virtues of the past. *Journal of Economic History*, 61(2).
- Grantham, G. (1997). The French cliometric revolution: A survey of cliometric contributions to French economic history. *European Review of Economic History*, 1(3).
- Gras, N. S. B. (1920). The present condition of economic history. *Quarterly Journal of Economics*, 34 (Febrero).
- Gras, N. S. B. (1927). The rise and development of economic history. *Economic History Review*, 1(1).

- Gras, N. S. B. (1946). Edwin Francis Gay. *Economic History Review*, 16(1).
- Greif, A. (1997). Cliometrics after 40 years. *American Economic Review*, 87(2), Papers and Proceedings.
- Greif, A. (2006). *Institutions and the path to modern economy: Lessons from medieval trade*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Habakkuk, H. J. (1962). *American and British technology in the nineteenth century*. Cambridge University Press.
- Habakkuk, H. J. (1971). Economic history and economic theory. *Daedalus*, 100.
- Habakkuk, H. J. (1997). An interview with H. J. Habakkuk. *The Newsletter of the Cliometric Society*, 12.
- Hamilton, E. J. (1928). American treasure and Andalusia prices. *Journal of Economic and Business History*, 1(Noviembre).
- Hamilton, E. J. (1929). American treasure and the rise of capitalism. *Economica*, November.
- Hamilton, E. J. (1934). *American treasure and the price revolution in Spain, 1501–1650*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Hartwell, R. (2001). An interview with R. M. Hartwell. *The Newsletter of the Cliometric Society*, 16(1).
- Hausman, W. (2003). Business history in the United States at the end of the Twentieth century. In F. Amatori & G. Jones (Eds.), *Business history around the world*. Cambridge University Press.
- Hempel, C. G. (1942). The function of general laws in history. *Journal of Philosophy*, 39.
- Hempel, C. G. (1996). *La explicación científica: estudios sobre la filosofía de la ciencia* (M. Frassinetti de Gallo, N. Míguez & I. Ruiz Aused, Trads.). Madrid: Ediciones Paidós Ibérica.
- Hesse, M. (1980). *Revolutions and reconstruction in the philosophy of science*. Brighton: Harvester Press.
- Hughes, J. R. T., y Reiter, S. (1958). The first 1945 British steamships. *American Statistical Journal*, 3.
- Kirzner, I. (1973). *Competition and entrepreneurship*. Chicago: University of Chicago Press.
- Kuznets, S. (1930). Secular movements in production and prices: Their nature and their bearing upon cyclical fluctuations. Boston: Houghton Mifflin.
- Kuznets, S. (1941). *Statistics and economic history*. *Journal of Economic History*, 1.
- Marczewsky, J. (1961a). *Histoire quantitative: buts et méthodes*. Cahiers de l'ISEA, série AF, 1.
- Marczewsky, J. (1961b). Some aspects of the economic growth of France. *Economic Development and Cultural Change*, 9.
- Marczewsky, J. (1965). *Le produit physique de l'économie française*. Cahiers de l'ISEA, série AF, 4.
- Marshall, A. (1890). *Principles of economics*. London: Macmillan.
- Mathias, P. (2006). Economic history: Still living with the neighbours. *Journal of European Economic History*, 35(1).
- McClelland, P. (1975). *Causal explanation and model building in history, economics, and the new economic history*. Ithaca: Cornell University Press.
- McCloskey, D. (1965). La population de la France de 1700 à 1959. *Cahiers de l'ISEA, série AF*, 3.
- McCloskey, D. (1985). *The rhetoric of economics*. Madison: University of Wisconsin Press.
- McCloskey, D. (1987). *Econometric history*. Houndmills and London: Macmillan.
- McCloskey, D. (2001). An interview with Deirdre McCloskey. *The Newsletter of the Cliometric Society*, 16(2).
- Mokyr, J. (1990). *The lever of riches: Technological creativity and economic progress*. New York: Oxford University Press.
- Morin, E. (2009). *Introducción al Pensamiento Complejo*. Madrid: Gedisa.
- Nagel, E. (2006). *La estructura de la ciencia: Problemas de la lógica de la investigación científica* (N. Míguez, Trad.). Ediciones Paidós Ibérica.
- Neal, L. (2000). A shocking view of economic history. *Journal of Economic History*, 60(2).
- Nicolis, G., y Prigogine, I. (1991). *La complessità*. Torino: Einaudi.
- North, D. C. (1981). *Structure and change in economic history*. New York: Norton.
- North, D. C. (1991). *Institutions, institutional change and economic performance*. Cambridge University Press.
- North, D. C., Wallis, J. J., & Weingast, B. R. (2006). A conceptual framework for interpreting recorded human history. *NBER Working Paper*, 12795.
- O'Brien, P. (2006). *Historiographical traditions and modern imperatives for the restoration of global history*. *Journal of Global History*, 1.
- Penrose, E. (1959). *The theory of the growth of the firm*. Oxford: Basil Blackwell.
- Pérez Picazo, M. T. (1989). *Debates recientes de historia económica*. Áreas. *Revista Internacional de Ciencias Sociales*, (10), 13.
- Pheby, J. (1988). *Methodology and economics: A critical introduction*. London: Macmillan.
- Placencia, L. (2017). Consideraciones sobre la distinción entre "filosofía analítica" y "filosofía continental". *Mutatis Mutandis: Revista Internacional de Filosofía*, (9), 7–14.
- Preti, G. (1968). *Retorica e logica*. Torino: Einaudi.
- Prigogine, I., & Stengers, I. (1981). *La nuova alleanza*. Torino: Einaudi.
- Prigogine, I., et al. (1986). *Termodinamica, energia: il nuovo paradigma*. Prometheus, 3.
- Ransom, R. (2000). An interview with Roger Ransom.

- The Newsletter of the Cliometric Society, 15(2).
- Rockoff, H. (2003). An interview with Hugh Rockoff. The Newsletter of the Cliometric Society, 18(2).
- Rosenberg, N. (1976). Perspectives on technology. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosenberg, N. (1982). Inside the black box: Technology and economics. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rosenberg, N. (1994). Exploring the black box: Technology, economics, and history. Cambridge: Cambridge University Press.
- Rossi, P. (Ed.). (1987). La storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi. Milano: Feltrinelli.
- Scott, W. R. (1928). Memoir: Sir William Ashley. Economic History Review, 1(2).
- Solow, R. M. (1985). Economic history and economics. American Economic Review, 75(2).
- Sombart, W. (1929). Economic theory and economic history. Economic History Review, 2(1), 3.
- Sutch, R. (1991). The third task of economic history. Journal of Economic History, 51(2).
- Sutch, R. (2001). An interview with Richard Sutch. The Newsletter of the Cliometric Society, 16(3).
- Temin, P. (1966). Labour scarcity and the problem of American industrial efficiency in the 1850s. Journal of Economic History, 26.
- Temin, P. (1971). Labour scarcity in America. Journal of Interdisciplinary History, 1.
- Temin, P. (1997). Is it kosher to talk about culture? Journal of Economic History, 57.
- Temin, P. (1999). An interview with Peter Temin. The Newsletter of the Cliometric Society, 14(3).
- Toninelli, P. A. (1987). Origini e prospettive metodologiche della "new economic history". In P. Rossi (Ed.), La storiografia contemporanea. Indirizzi e problemi. Milano.
- Toninelli, P. A. (1997). La storia economica. In P. A. Toninelli (Ed.), Lo sviluppo economico moderno. Dalla rivoluzione industriale alla crisi energetica (1780–1973). Venezia.
- Toninelli, P. A. (1999). Fra 'stile analitico' e 'stile continentale': La storia economica alla ricerca di uno statuto metodologico. Rivista di Storia Economica, nuova serie, 15(1).
- Toninelli, P. A. (2002). Europe vs. North America: On the epistemological background of the 1940–1980 methodological differences in economic history. Paper presented at the XIII Economic History Congress, Buenos Aires.
- Toninelli, P. A. (2006). Storia d'impresa. Bologna: Il Mulino.
- Veblen, T. (1904). The theory of business enterprise. New York: Scribner's.
- Wallerstein, I. (1997). Aprire le scienze sociali. Milano: Il Saggiatore.
- Williamson, J. (1979). Inequality, accumulation and technological imbalance: A growth-equity conflict in American history. Economic Development and Cultural Change, 27.
- Williamson, S. (1991). The history of cliometrics. Research in Economic History.
- Williamson, S. (2000). An interview with Samuel H. Williamson. The Newsletter of the Cliometric Society, 15(3).
- Wright, G. (1998). Bourgeois virtues and the history of P and S. Journal of Economic History, 58(2).
- Wright, G. (1999). The civil rights revolution in economic history. Journal of Economic History, 59(2).
- Wright, G. (2001). Economic history as a cure for economics. In J. W. Scott & D. Keates (Eds.), Schools of thought. Princeton: Princeton University Press.
- Wright, G. (2006). An interview with Gavin Wright. The Newsletter of the Cliometric Society, 21(1).